

Mi viaje como mochilero por Sudamérica (2009-2010)

Por Norberto Pontiroli

La hoja de ruta:

BOLIVIA: Potosí, Sucre, Cochabamba, La Paz, Coroico, Copacabana e Isla del Sol

PERÚ: Arequipa, Cabanaconde, Cuzco, Machu Picchu, Lima y Máncora

ECUADOR: Guayaquil, Montañita, Baños, Misahualli y Quito

COLOMBIA: Cali, Bogotá, Cartagena, Parque Tayrona, Taganga y Santa Marta

VENEZUELA: Maracaibo y Caracas

Si alguna vez alguien me pidiera que determine el peso de la felicidad, por ridículo que parezca el ejercicio, creo que lo establecería en 8,7 kilogramos. Ese era, exactamente, el peso de mi mochila cuando decidí partir en diciembre de 2009 en un viaje por Sudamérica, que se extendería hasta marzo de 2010. Porque, como dijo el sabio de Antoine de Saint-Exupery, *“aquel que quiere viajar feliz, debe viajar ligero”*.

Con el apoyo de muchos seres queridos (familia, amigos, colegas y hasta mentores profesionales y académicos) emprendí la aventura de recorrer el subcontinente con un doble objetivo: en primer lugar, entender y ver con mis propios ojos las realidades económicas y políticas de cada destino; y segundo, reflexionar acerca de las oportunidades para estrechar los vínculos (tanto comerciales como culturales) entre nuestro país y los vecinos de la región.

Viajar como mochilero por estos países fue una de las experiencias más significativas de mi corta vida. Pasé por momentos de euforia, de reflexión, de felicidad y también de tristeza; fue una montaña rusa de sensaciones que me hicieron crecer tanto personal como profesionalmente.

Decidí emprender el viaje solo porque creía (y efectivamente después lo comprobé) que así tendría más tiempo para reflexionar, para conocer gente (locales y viajeros) y al mismo tiempo gozar de una mayor libertad y flexibilidad a la hora de seleccionar destinos y tiempos de permanencia en cada lugar. No fue una decisión fácil, hubo temores y dudas, pero tengo la certeza de que fue una buena decisión.

En Bolivia me dejé seducir por los mercados, por la historia y por su gente; especialmente en el marco de la profunda revolución cultural que hoy vive su sociedad.

Perú me movilizó con sus paisajes, sus bellezas arquitectónicas pre-coloniales (especialmente las mundialmente famosas ruinas de Machu Picchu) y la gran presencia del comercio como tema de discusión cotidiana.

En Ecuador y en Colombia fui sorprendido por la amabilidad de la gente, que sin conocerme abría las puertas de su casa y me permitía conocer con mayor profundidad la cultura local.

Y en Venezuela fui testigo de un proceso político complejo; regresé con más preguntas que las que tenía al llegar y sólo traje conmigo la certeza de que hay que presenciar los hechos y conversar con la gente para comprender los nuevos sucesos.

En viajes de esta naturaleza uno comprende que no basta con entender las realidades del “otro”, que no es suficiente comprender otras culturas. Experiencias de esta naturaleza le permiten a uno gozar de esas diferencias, vivirlas con fascinación y lograr empatía con el “otro”. Ya lo afirmaba Jean Jacques Rousseau: *“hay mucha diferencia entre viajar para ver países y para ver pueblos”*.

El mensaje que quiero transmitir a los jóvenes estudiantes de comercio exterior, de relaciones internacionales y de cualquier otra carrera que involucre la necesidad de comprender la realidad de sociedades distintas a la nuestra es bien claro: Si es bien preparada, una experiencia como mochilero, sin importar el destino o la duración del viaje, puede ser un activo comparable a un posgrado o curso de especialización. Y más allá de cualquier comparación, que puede suscitar confusiones o incomodidades, es en definitiva una experiencia que sin duda alguna puede ser capitalizado para el éxito profesional y para el desarrollo de nuevas habilidades de enorme utilidad para la vida laboral. El propio Francis Bacon ratificaba la idea, al asegurar que *“los viajes son en la juventud una parte de educación y, en la vejez, una parte de experiencia”*.